

confusion y de vergüenza á los hijos desnaturalizados que no queriendo mas regla de conducta que las veleidades del corazon, y resistiendo todo yugo de subordinacion, menosprecian la autoridad paterna. Cuando en un siglo de escepticismo como el que atravesamos, vemos que las leyes son burladas, que los vasallos conspiran contra el trono de sus monarcas, que los hijos solo aspiran á sustraerse de la autoridad de unos padres á quienes ni aman ni respetan, y cuyas necesidades miran despues con la mayor indiferencia: cuando vemos que á través de una ilustracion quimérica van dejando de existir los vínculos de las familias, que no se halla dignidad en el individuo, que el reinado del *yo* se sobrepone á todo respeto, á toda consideracion, á toda autoridad, es oportuno fijar la consideracion en el sublime ejemplo de Jesucristo subordinado en cuanto hombre á su Madre y á José. ¡Oh! Que si el Evangelio fuese la lectura diaria en el seno de las familias, si los padres dirigiesen á sus hijos desde su infancia por los preceptos y consejos consignados en tan admirable código, otro seria el porvenir de las sociedades.

CAPITULO XII.

De la muerte del bendito Esposo de María, el Patriarca San José.

La Virgen Madre poseia de nuevo el precioso tesoro, cuya pérdida habia llorado amargamente por espacio de tres dias, y daba gracias al Eterno Padre porque apiadándose de ella, la habia llenado de consuelo, devolviéndole al que formaba sus dichas, y era el encanto de sus dias, la luz de sus ojos y el bálsamo consolador de sus maternales angustias. De nuevo en Nazareth, aquella familia modelo, siguieron el mismo orden de vida que antes habian observado. Aseguran los historiadores que San José siguió trabajando en su oficio de carpintero, mientras que María cuidaba asiduamente de Jesus y de su esposo, cumpliendo exactamente los deberes de buena Madre de familia. El bello jóven, cuya voz hacia estremecer la tierra y conmovia los robustos cedros del Libano, trabajaba tambien, ayudando en sus tareas á su Padre representativo.

Nada singular ni extraordinario se observa en la humilde morada de Belen: allí donde reside el que reina sobre los reyes de la tierra, no hay fausto ni grandeza, y María cuya humildad no tiene semejante, María que no apetece honras ni distinciones mundanas y cuya única gloria la cifra en vivir al lado de su divino Hijo, norte de todas sus acciones, en escuchar sus palabras de vida eterna, y en emplearse en su servicio, vive mas llena de gozo y mas contenta y tranquila que pueden estarlo los grandes y potentados de

la tierra, al verse dueños de grandes riquezas y halagados por la fortuna. Y era un templo magestuoso la casa de la bendita hija de Israel á cuya grandeza y esplendor no igualaba el suntuoso del sábio de Israel, porque si en este habitaba el Señor por medio de la proteccion que habia ofrecido á su pueblo como dice San Ambrosio, en aquel humilde recinto se hallaba no en figura sino en cuerpo y alma el Salomon divino y verdadero; el Cordero de Dios Inmaculado que sacrificándose por los hombres iba á lavar nuestros pecados: el que habita la luz inaccesible, que domina sobre los reyes de la tierra y asiste á las asambleas de los grandes del mundo; el hombre Dios en suma, en quien residia la plenitud de la divinidad. ¡Qué paz tan envidiable la que reinaba en aquella morada augusta! La Virgen sin mancilla elevaba de continuo su corazon á Dios disfrutando de las positivas delicias de la oracion mas ferviente.

¡Quién pudiese descorrer el tupido velo que no nos deja penetrar en aquel recinto! ¡Quién pudiera escuchar las conversaciones que tendrian lugar entre Jesus y sus benditos Padres, en las horas que concluido el trabajo dedicarían al reposo! ¡Ah! Qué siendo Dios el objeto de todas ellas, hablarían de su bondad y de la ardentísima caridad con que habia ordenado los medios de redimir al hombre del pecado: pero en medio de tantas delicias, María necesariamente exhalaria hondos suspiros: se hablaría de la Redencion, y la profecia de Simeon presentaría á sus ojos cuanto de lúgubre y fatídico encerraba: empero identificada con los sentimientos de su divino Hijo no podría menos de bendecir á Dios en nombre de la humanidad, no obstante que hiriera de un modo desapiadado su corazon el pensamiento de los futuros tormentos y de la muerte afrentosa en virtud de la que la humanidad iba á ser rescatada.

Derramando por sus lábios un torrente de sabiduría, Jesus instruía á sus benditos Padres, y estos como embelesados recibían y guardaban en sus corazones la sublime enseñanza con que eran favorecidos. Iluminados continuamente por el que era Sol divino de justicia; viviendo en familia, y hablando con el que tiene su trono en lo mas alto del Em-píreo, vivían en la tierra como sino viviesen porque estaban como embebidos en su Dios. Cuantos tenían ocasion de tratar esta familia, perfecto tipo de todas las virtudes, quedaban maravillados, aunque ignoraban su grandeza, pues que el divino Salvador en esta época oscura de su vida, no efectuó milagro alguno que diera á conocer su altísimo poder. Jesus que como Dios subsistía por sí y sin dependencia alguna, en cuanto hombre debió á su Madre los mayores cuidados, como asimismo á su Padre representativo. ¡Feliz criatura la que tuvo la dicha de ser Madre, del que siendo eterno, quiso nacer en tiempo! ¡Varon privilegiado el que tuvo la honra de ser llamado Padre por el que es Hijo de Dios!

La Providencia sábia en sus designios, habia determinado que el Patriarca José saliese de este mundo antes de que el divino Salvador empezase la carrera de su predicacion, y que en el seno de Abraham esperase este hombre justo como le llama el Evangelio, el gran día en que abiertas las puertas de los cielos habia de entrar en él para recibir el premio eterno á que se habia hecho acreedor por sus altísimas virtudes, y los cuidados que prodigó en la tierra al Verbo humanado.

Varias son las opiniones de los autores acerca de la época en que ocurrió la muerte del escelso Pratriarca. El Evangelio nada dice sobre esto. Para nosotros no tiene mérito ni fuerza alguna la opinion de algunos que creen que este su-

ceso tuvo lugar poco tiempo despues de la vuelta del Egipto á Nazareth. San Juan al hablar de la predicacion del Salvador nos dice, que maravillados los judíos de su doctrina, preguntaban: «¿No es este el hijo de José cuyo padre y madre conocimos?» De donde se infiere que aun estaba fresca la memoria del santo Patriarca. Lo que es de todo punto incontrovertible es que murió antes de que Jesus padeciese, lo que lo declara el silencio de los Evangelistas que no vuelven á ocuparse de él desde que San Lucas nos dice que á él y á María vivía Jesus como subordinado y sumiso. La opinion mas seguida es la de que Jesus se hallaba en el año veinte y nueve de su edad, y uno antes de que empezase por su predicacion y milagros á darse á conocer como Señor del mundo. La V. Agreda dice que tenía el santo Patriarca sesenta años cuando ocurrió su muerte, habiendo vivido en compañía de su purísima esposa veinte y siete. Sea lo que quiera, María tuvo el dolor de perder á su fiel compañero y tierno esposo: fijemos la vista en el lecho del dolor en el que San José se prepara para emprender el viaje á la eternidad. Es una bella página de la historia de ambos santísimos esposos, en la cual tenemos mucho que aprender. Para diseñar este cuadro vamos á servirnos de las noticias que encontramos en los escritos de la inspirada autora que nos sirve de guía en todos aquellos sucesos de los que nada nos dice el Evangelio.

Dios que amaba al santo Patriarca con una predileccion especial, quiso acrecentar sus méritos y corona, y así en los últimos años de su vida le envió algunas enfermedades, que le hacian sufrir grandes dolores. A través de tantos trabajos, José besaba la mano que le heria, y no desplegando sus labios para pronunciar una palabra de queja, sufría no solo con resignacion sino con el mayor gozo y consuelo

de su alma. La Santísima Virgen conocía el interior de su Esposo y su altísima virtud: contemplaba la candidez y pureza de su alma, sus inflamados afectos, la paciencia y mansedumbre con que sufría las enfermedades y dolores, y no podía menos de gozarse por tener un esposo tan santo y tan amado del Señor: así es que le veneraba como á gran santo, y trabajaba con el mayor gozo, administrándole con sus virginales manos el alimento, cuando ya faltó de fuerzas no podía el bendito Patriarca alimentarse por sí mismo.

Cuando el santo enfermo podía abandonar el lecho, ayudábale la Santísima Virgen llevándole apoyado de su brazo, y aunque el humildísimo José procuraba animarse mucho, y evitar á su Esposa algunos de estos trabajos, no le era posible impedirselo por lo cuidadosa y vigilante que se hallaba la augusta enfermera, la que como maestra de la sabiduría y las virtudes todas, le consolaba con santas y piadosísimas reflexiones. La enfermedad llegó á hacerse grave, y entonces privándose la Señora hasta del reposo necesario á sostener la vida estaba á su lado día y noche, sin apartarse de él mas que el tiempo necesario para asistir á su divino Hijo, el cual se gozaba extraordinariamente al ver las altísimas virtudes de su Madre, y los grandes merecimientos de su Padre representativo. Creemos que Jesus que era la caridad por esencia recompensaría abundantemente los cuidados que con él había tenido el santo Patriarca en su infancia, y lo mucho que había trabajado para alimentarle, asistiéndole personalmente en su última enfermedad y prodigándole los mas tiernos cuidados. Le dirigiria el dulce título de Padre, y aquel varon justo al escuchar su voz y sus consuelos desfalleceria de amor envuelto en las mayores delicias, quedando como embriagado en los mas hermosos éxtasis y arrobamientos. ¡Dichoso varon que siendo llamado

Padre por el Hijo de Dios, y teniendo por Esposa á la que lo era del Espíritu Santo, se ve en el lecho del dolor, asistido por tan divinos enfermeros!

Miraba la Santísima Virgen á su casto Esposo, y contemplaba su humildad, su resignacion en los trabajos, su alegría á través de los padecimientos y todas las virtudes que en él resplandecian de un modo tan admirable; entonces dando gracias al Señor por haberle concedido un Esposo tan santo, y reputándose en su profunda humildad, mas digna de padecer que aquel varon justo, pedia á Dios en la mas ferviente oracion que si era su voluntad, pasasen á ella todos los trabajos, y que él quedase libre de ellos. Tal es la caridad que la animaba. Suplicaba al mismo tiempo la Señora á los santos ángeles asistiesen al virtuosísimo enfermo, y obedientes á los deseos de la que habia de ser coronada por Reina de todos ellos, presentábase en forma visible alrededor del Patriarca, el cual conforme en un todo con las disposiciones de la Providencia, preparábase con el mayor gozo á pagar á la muerte el tributo comun á todas las criaturas. Conoció la Santísima Virgen que se acercaba el momento postrero de la existencia de su Esposo, y así postrándose en la presencia de su divino Hijo, le dirigió la siguiente oracion: « Señor y Dios altísimo, Hijo del Eterno Padre y Salvador del mundo; el tiempo determinado por vuestra voluntad eterna, para la muerte de vuestro siervo José se llega, como con vuestra luz divina lo conozco. Yo os suplico por vuestras antiguas misericordias y bondad infinita, que le asista en esta hora el brazo poderoso de vuestra Magestad, para que su muerte sea preciosa á vuestros ojos, como fué tan agradable la rectitud de su vida, para que vaya de ella en paz, con esperanzas ciertas de los eternos premios, para el dia que vuestra dignacion abra las

puertas de los cielos á todos los creyentes. Acordaos, Hijo mio, del amor y humildad de vuestro siervo; del colmo de sus méritos y virtudes; de su fidelidad y solicitud conmigo, y que á vuestra grandeza y á mí, humilde sierva vuestra, nos alimentó el justo con el sudor de su rostro. » A todo lo cual el divino Redentor le contestó de este modo: « Madre mia, aceptable son vuestras peticiones en mi agrado, y en mi presencia estan los merecimientos de José. Yo le asistiré ahora, y le señalaré lugar y asiento para su tiempo entre los Principes de mi pueblo, y tan eminente que sea admiracion para los ángeles, y motivo de alabanza para ellos y los hombres, y con ninguna generacion haré lo que con vuestro Esposo ¹ »

Llegó el momento, y el Santo Patriarca entregó entre las mayores delicias su espíritu en manos del Criador, estando rodeado de multitud de espíritus angélicos y siendo asistido hasta el último instante por el Sacerdote Eterno, segun el orden de Melquisedec, y por la purísima María de la que habia sido por tantos años custodio y compañero. Su alma fué al reposo del seno de Abraham y las de los Padres y Profetas supieron la proximidad del gran dia de la Redencion, cuya llegada habia sido el objeto de sus ardientes deseos. María que amaba á su Esposo con un amor purísimo y cordial, sintió como era natural su muerte y pagó á la naturaleza el tributo de sus lágrimas; perdía el que habia sido su compañero inseparable, que con tanto esmero y asiduidad habia atendido á su cuidado y al de su Divino Hijo: perdía al que lleno de caridad y respirando dulzuras la habia dirigido por entre las áridas montañas del camino del Egipto, cuando habian venido de Belen por orden de

1 V. M. Agreda. Parte II, lib. V, cap. XV.

Dios, para libertar de los peligros á Jesus: perdía al que tanto habia trabajado porque no faltase el alimento á la santa familia de la que era cabeza. ¡Cómo no habia de ser grande su dolor! Sin embargo, no obstante que como hemos dicho antes derrama lágrimas de desconsuelo, se complace en que se cumpla la voluntad divina. ¡Dichoso Patriarca que hoy disfruta en la mansion de la eterna felicidad el justo premio debido á sus virtudes!

La devocion del bendito Esposo de María es general en todos los cristianos y la mas eficaz despues de la Santísima Virgen para alcanzar del Señor los divinos auxilios y muy particularmente la virtud de la castidad, y en los matrimonios la sucesion, y sobre todo para alcanzar una muerte preciosa á los divinos ojos. ¿Quién mejor podrá acercarse al Señor para pedir gracia en favor de los mortales, que el varon justo que tuvo la dicha de ser ayo del mismo Verbo encarnado? Así lo han reconocido siempre los cristianos y hé aqui el origen de ese entusiasmo general que se advierte en todas partes por las glorias del Santo Patriarca, con cuyo nombre se honran tanta multitud de criaturas.

María habia quedado viuda: destinada como tenemos dicho para Maestra universal de las naciones, debia pasar por todos los estados y hacerse admirable en cada uno de ellos. Así pues la que primero habia sido perfecto modelo de doncellas, y mas tarde tipo el mas bien acabado de casadas, lo fué despues en el estado de viuda. Pasando una vida retirada, y entregada como siempre lo habia estado á los mas piadosos ejercicios, era por su modestia, su recogimiento y sus virtudes un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

CAPITULO XIII.

Del primer milagro público obrado por Jesucristo á ruegos de su Madre en las Bodas de Caná de Galilea, que es una demostracion de cuán eficaces son los ruegos de la Santísima Virgen en favor de las criaturas.

Deseamos antes de entrar en la esplanacion del asunto anunciado en el epigrafe de este capítulo, conceder un momento de desahogo á los afectos de nuestro corazon, haciendo una reflexion que es del mayor consuelo para todos los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. ¿Cuál es el origen de ese general entusiasmo que por las glorias de la Santísima Virgen María se observa en todos los pueblos cristianos? Por qué invoca su nombre el enfermo en el lecho del dolor, el afligido á través de sus desgracias, y todos en el dia de la necesidad? Porque en la invocacion de la augusta Madre de Dios y de los humanos encuentran las criaturas el bálsamo consolador que cicatriza las heridas del corazon, y cura todas nuestras enfermedades y miserias.

Colocados en medio de un mundo donde nos hallamos rodeados de aflicciones y desgracias, que así acibaran los dias del poderoso monarca, como hacen verter lágrimas al infeliz pastor que se guarece del frio bajo el rústico y movedizo techo de una pobre cabaña: asaltados por peligros que encontramos en la soledad y en el trato de las gentes; en la abundancia y prosperidad como en la escasez, ora ocupemos los mas elevados puestos de la sociedad ó ya ca-